Globethics Repository



El desafío de un crecimiento integral [The challenge of growth integral]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Padilla, C. René
Publisher	Kairos
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-14 22:52:28
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/202359



Editorial

Revista Iglesia y Misión N° 33

El desafío de un crecimiento integral

C. René Padilla

EVIDENTEMENTE, el protestantismo latinoamericano se ha convertido en noticia, por lo menos para el mundo anglosajón. De ello dan testimonio dos libros que acaban de aparecer en inglés: Tongues of Fire: The Explosion of Protestantism in Latin America, por David Martin (Basil Blackwell Ltd., Oxford, 1990), y Is Latin America Turning Protestant? The Politics of Evangelical Growth, por David Stoll (University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1990). Los dos son obras de investigación seria y probablemente lleguen a constituirse en lectura requerida no sólo para los evangélicos sino también para cualesquiera que tengan interés en el estudio de los fenómenos religiosos en América Latina.

Es obvio que lo que atrae la atención de los investigadores es el crecimiento numérico fenomenal (la explosión) que el movimiento evangélico (especialmente en su vertiente pentecostal) ha experimentado en las dos o tres últimas décadas. De una insignificante minoría que a comienzos del siglo XX apenas contaba con unos pocos miles de feligreses, las iglesias evangélicas han llegado a ser un movimiento popular de aproximadamente cincuenta millones de miembros, con un ritmo de crecimiento del 10% anual. Guste o no guste, el protestantismo es parte constitutiva de la realidad latinoamericana actual y el desarrollo que ha alcanzado exige que se lo tome en cuenta como uno de los factores que determinarán el futuro del continente.

Cabe añadir, sin embargo, que para que el movimiento evangélico cumpla su misión histórica en medio de la crisis socioeconómica y política que viven nuestros pueblos, no bastan los números. Esa expansión numérica de las iglesias evangélicas tiene que ir acompañada por otros aspectos del crecimiento eclesial: la intensificación de la búsqueda de la paz y la justicia, el fortalecimiento de la unidad en Cristo, y la profundización de la fe, la esperanza y el amor a nivel personal y comunitario. Sin estas dimensiones de un crecimiento integral, el protestantismo podría llegar a ser la religión de las masas latinoamericanas, pero dejaría mucho que desear desde la perspectiva del Reino de Dios y del propósito de la Iglesia.

Para aprender la suerte que corre el cristianismo cuando sacrifica los valores del Evangelio y se torna en la religión de las mayorías, los evangélicos latinoamericanos no tenemos que ir muy lejos: basta observar la experiencia del catolicismo romano en nuestro medio. ¿Cuáles son los resultados de sus “500 años de evangelización” iniciados con el “descubrimiento” de América? Si algo demuestra esta evangelización cinco veces centenaria es que hay una gran distancia entre el éxito cuantitativo y la transformación del hombre y la sociedad que el Evangelio exige y hace posible. Lo que nuestros pueblos precisan no es un “corpus Christianum” protestante (mayoritariamente pentecostal) que reemplace al católico, sino una iglesia que cumpla su papel de Iglesia de Jesucristo y, en palabras de Juan A. Mackay, sirva como “órgano del propósito redentor (de Dios) en el seno de la historia humana.”

No es este el lugar para intentar definir los pasos requeridos para que las iglesias evangélicas, hoy en vías de convertirse en iglesias de masas, eviten los peligros de una mera religiosidad popular y, sin perder de vista a las grandes mayorías, den prioridad a la consigna de ser verdaderamente la Iglesia. Baste aquí recomendar el estudio de los escritos de un destacado misionero y misionólogo que, quizá como ningún otro, supo penetrar en los rincones más recónditos del alma hispanoamericana para iluminarlos con la luz del Evangelio. Me refiero a Juan A. Mackay (1889-1983), una de cuyas obras más importantes, El otro Cristo español, fuera reeditada recientemente por la Casa Unida de Publicaciones en celebración del centenario del nacimiento del autor.

En un momento en que las iglesias evangélicas eran todavía una minoría insignificante en nuestros países, Mackay, con clarividencia sorprendente, propuso para la misión pautas que el protestantismo latinoamericano actual haría bien en llevar al terreno de la práctica. “La vitalidad espiritual de la iglesia de Cristo decía – no puede ser comprendida solamente por la cantidad de personas que llenan los templos para la adoración... La iglesia tiene que estar dispuesta a escuchar lo que Dios está diciéndole como ciudadanos de una nación en particular. En una palabra, la iglesia ha de ser profética.”

Si algo puede preservar a los evangélicos de los peligros de un triunfalismo superficial y de las tentaciones del constantinismo es esa disposición a escuchar a Dios, por su Espíritu y su Palabra, y a contextualizar su mensaje en medio de una América Latina que tiene las venas abiertas. “El principio protestante” la actitud crítica frente a todo lo que conspira contra la realización del propósito de Dios de crear una nueva humanidad – es parte y parcela del cristianismo auténtico y de la misión de la Iglesia. Ahora que somos muchísimos más que cuando Mackay escribía desde América Latina (1916-1932), haremos bien en no olvidar nuestra vocación profética y en luchar para lograr que el crecimiento de nuestras iglesias sea un crecimiento integral.